

que cabe destacar la confirmación de la tesis que afirma la existencia previa de una redacción aramaica. También recuerda, según su propio método, la importancia de la exégesis diacrónica de los textos.

Promete un próximo volumen que termine de estudiar el Prólogo, «si Dios quiere» (*του Θεου θέλοντος*) (o. c., p. 338). Da la impresión que el P. Boismard se sabe en la última etapa de su vida y teme no poder terminar la labor emprendida (cfr. o. c., p. 210). Esperemos que sea posible y que sus proyectos se culminen. Sin duda que en el campo de la crítica textual sus aportaciones son sugerentes y dignas de tenerse en cuenta, aunque no siempre su aportación, como en este caso, se pueda considerar definitiva dado el gran peso que tiene lo subjetivo en las apreciaciones diacrónicas.

A. GARCÍA-MORENO

Juan de Sahagún LUCAS, *Dios, horizonte del hombre*, «Sapientia Fidei, Serie de Manuales de Teología, 3», Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1994, 312 pp., 14, 5 x 21, 5.

El libro de J. de S. Lucas, profesor de Antropología Filosófica en la Facultad de Teología del Norte de España, Sede de Burgos, es uno de los seis previstos bajo el título de «Teología Fundamental» dentro del plan completo de la colección «Sapientia Fidei». Los otros —aún no publicados— son «Introducción a la teología», «Fenomenología de la religión», «Teología de la revelación y de la fe», «Historia de la Teología», y «Patrología». Interesa tener en cuenta el conjunto de todos ellos para hacerse una idea del carácter introductorio que se atribuye a la temática englobada con el título de «Teología Fundamental». Este carácter introductorio se sitúa en algunos casos —como el que aquí se comenta— en el campo filosófico, no teológico, como una reflexión «previa a la fe» que aspira, sin embargo, a ser «una preparación para la misma». Consecuentemente, su método «se nutre fundamentalmente del dato histórico y de la reflexión filosófica» (p. XV). De hecho, la parte principal de esta obra quiere ser un desarrollo de las cuestiones de teología natural, aunque también ofrece una introducción a la filosofía de la religión.

El libro consta de una Introducción y de tres partes. En la Introducción (*El hombre pregunta por Dios*), Lucas se refiere a los contextos históricos de la pregunta por Dios. Estos son el «tradicional», que parte del cos-

mos o del hombre, y el «actual», que no es siempre explícito, pero que se halla en relación con la incapacidad de la ciencia para dar una respuesta omnicompreensiva a los interrogantes humanos. Examina a continuación la «dialéctica del preguntar humano», y pone en relación el problema humano con la cuestión de Dios.

La primera parte (*Búsqueda de Dios en la historia*) está dedicada a la filosofía de la religión, cuestión de la que el autor ya se había ocupado en su obra *Interpretación del hecho religioso* (3 ed., Salamanca 1989). Las más de cien páginas que dedica aquí a la cuestión se estructuran en tres capítulos. El primero de ellos aborda la cuestión de la «génesis de la idea de Dios en el hombre y formas históricas del encuentro con la divinidad». Lucas se ocupa ahí de las interpretaciones positivista, marxista y psicoanalítica que atribuyen a factores diversos la aparición de la idea de Dios en el hombre. El autor discute esos planteamientos y afirma el carácter no derivado, sino originario, de la idea de Dios. Se refiere a continuación a las formas del encuentro con Dios, a propósito de lo cual distingue, —no acabo de ver por qué— entre politeísmo y monismo; el monoteísmo sería, junto al panteísmo, una de las formas del monismo, que aquí se entiende, evidentemente, en un sentido amplio.

En el capítulo segundo (*Búsqueda cultural de Dios*) Lucas describe brevemente una noción de cultura, para pasar a tratar del Dios de la cultura grecorromana y del Dios de la cultura científico-naturalista. Respecto a esta última, se muestra optimista sobre su apertura implícita a lo religioso. El capítulo tercero de esta primera parte está dedicado a *Dios en la historia de la filosofía*. El autor no sigue un orden cronológico o histórico, sino que establece cuatro variantes del pensamiento filosófico sobre Dios: los que parten de la experiencia de la historia (Israel), o desde la experiencia del mundo (filosofía griega y medieval), o desde la subjetividad (filosofía moderna, desde el Renacimiento hasta el idealismo), o desde el dinamismo de la conciencia colectiva de la humanidad, que a su vez se abre en tres posibilidades: desde la experiencia de la vida personal, representada por Bergson, Blondel, Scheler, Zubiri; desde la dialéctica de la existencia humana (Heidegger y Jaspers; no trata de Sartre), y desde la praxis histórico-social y ética (Feuerbach y Nietzsche). Más adelante se ocupa también de E. Bloch y de Teilhard de Chardin.

La segunda y tercera parte forman la Teología Natural propiamente dicha. La primera parte está dedicada a la existencia de Dios (*El conocimiento filosófico de Dios*), cuestión que se desarrolla en cinco capítulos. El primero se ocupa brevemente de las condiciones antropológicas de la afirmación de Dios, para lo cual compara la experiencia prerreflexiva y la re-

flexión filosófica. Lucas reconoce la precedencia del conocimiento de Dios sobre la reflexión filosófica propiamente dicha.

A propósito de la posibilidad de demostrar la existencia de Dios (capítulo segundo), Lucas expone la doctrina de la Iglesia sobre el conocimiento natural de Dios. En este punto, recoge la enseñanza del Vaticano I y de los documentos antimodernistas; se refiere brevemente al Vaticano II pero no se refiere a la interesantísima enseñanza sobre esta cuestión del *Catecismo de la Iglesia Católica*, aparecido más de un año antes de la publicación de este libro. Trata a continuación de la necesidad de la demostración —para lo cual expone y critica el ontologismo—, de los tipos clásicos de demostración, y del valor probativo del principio de causalidad.

El capítulo tercero de esta segunda parte está dedicado al argumento ontológico de San Anselmo y a sus interpretaciones posteriores entre los filósofos. En su conclusión, aprecia un «alcance significativo» en este argumento, en el sentido de que equivale a «la reflexión que la conciencia religiosa haría de sí misma si pudiera tematizar sus vivencias» (p. 151).

Las vías de Santo Tomás son el objeto del capítulo cuarto. Lucas las expone con los textos mismos de Santo Tomás, sin utilizar apenas otra bibliografía. Ofrece un breve comentario de cada una de ellas, y las críticas antiguas o modernas que han recibido entre los filósofos y científicos. Defiende la validez general de las vías y de lo que las sustenta en cuanto pruebas (la causalidad, la finalidad, etc).

El quinto capítulo examina la prueba kantiana de la existencia de Dios por la conciencia moral. Se trata de exponer y criticar el pensamiento de Kant sobre la demostración de la existencia de Dios. Se refiere también brevemente a la interpretación de la conciencia moral por Newman.

La tercera parte (*Dios y el mundo*) está dedicada al estudio de la naturaleza de Dios y a sus relaciones con el mundo. En el primer capítulo (*La naturaleza de Dios. Su cognoscibilidad*) comienza con una visión histórica del problema del conocimiento de la naturaleza divina, para centrarse posteriormente en dos cuestiones: Dios como ser, y como ser personal. El lenguaje humano sobre Dios es objeto del breve capítulo segundo.

La relación de Dios con el mundo es el tema del resto de la obra (capítulos III-VI de la tercera parte). Tras la exposición y crítica del panteísmo (capítulo tercero) se aborda la creación y conservación (capítulo cuarto). La exposición sistemática de estas cuestiones resulta demasiado breve (8 páginas) mientras que al pensamiento de Teilhard sobre la misma cuestión se le concede, quizás, demasiado espacio.

No podía faltar el tratamiento del problema del mal desde una perspectiva filosófica (capítulo quinto). Lucas desarrolla brevemente la fenomenología y el concepto del mal, su justificación racional y la compatibilidad de Dios con el mal. El último tema (capítulo sexto) que se estudia es el del ateísmo contemporáneo, por el cual entiende el ateísmo naturalista (cientifista y marxista), el antropológico (existencialismo) y el ontológico (Hartmann). Termina la obra con una «Recapitulación» en la que se reafirma la vigencia de la teología natural y de su función para la comprensión de la fe. Hasta aquí el esquema del libro.

Nos encontramos ante una manual para el estudio. Lo que a un manual se le pide es que sea una exposición completa, ordenada, razonada y actualizada de los «tópicos» de una parte del saber. Se puede afirmar que a ninguna de esas cualidades ha renunciado Lucas, aunque el resultado sea diverso en cada caso. Veamos cómo estas cuatro cualidades se dan en la obra que comentamos.

El autor ha querido indudablemente hacer una obra *completa*. Incluso puede decirse que más que completa, porque al abordar la cuestión de Dios desde un punto de partida no meramente racional sino existencial, ha incluido una introducción a la filosofía de la religión como preámbulo para pasar después a la teología natural propiamente dicha. Me temo, sin embargo, que ese empeño tenía un riesgo, porque no es fácil lograr una unidad de tratamiento de las dos cuestiones debido al diferente método que siguen: antropológico la primera, metafísico, la segunda. Es inevitable por eso la impresión de una cierta falta de unidad. Todo ello, además, había que hacerlo en unas trescientas páginas, con lo que era difícil tratar con la necesaria profundidad tantas y tan complejas cuestiones. La parte que más se resiente de ello es la tercera, sobre la naturaleza y el obrar de Dios en la que faltan temas centrales, como el de los atributos divinos, y en la que la exposición de los temas resulta demasiado rápida.

En cuanto al *orden*, es un mérito de la obra que el esquema general sea claro. Además, se debe agradecer al autor que al comienzo de muchas de las cuestiones avance el orden de lo que va exponer. Algún lector podrá encontrar dificultades, en cambio, en el orden de las ideas o apreciar alguna desproporción en la importancia otorgada a corrientes o posturas sobre las diversas cuestiones. Así, por ejemplo, no se aprecia con claridad por qué se separa la exposición sobre Bloch —sobre el que no se cita el importante estudio de M. Ureña, publicado por la BAC— y Teilhard del resto de los autores. Se alude a su «plena contemporaneidad con nosotros» (p. 101), lo cual tampoco es tan claro, dado que Bloch murió en 1977 —un año después que Heidegger—, y Teilhard ¡en 1955!

El autor ha querido también ofrecer una exposición *razonada*. No se limita a poner una idea tras otra, sino que trata de justificarlas. Claro que en ocasiones parece que le resulta inevitable pasar un poco por encima de las cuestiones, quizá por el deseo de tratar de muchas cosas. El lector se queda muchas veces con deseos de profundizar un poco más en asuntos sobre los que la problematización ha sido abundante y las respuestas no tanto. El razonamiento además ha de ser claro, y de esto adolece más de un pasaje del libro; más aún cuando los conceptos se usan en un sentido impreciso (por ejemplo «intuición» e «intuitivo»: pp. 60, 66, 68; «racionalidad de la fe»: p. 307).

En cuanto a la *actualidad* del presente manual, el autor, que sigue un planteamiento y da una respuesta fundamentalmente clásicos a la teología natural, ha querido —como es, por otra parte obligado— establecer un diálogo con el pensamiento moderno. En consecuencia, aparece el pensamiento de filósofos y corrientes, y Lucas discute sus aportaciones y sus límites. Pero se aprecia una cierta dispersión que afectará, me temo, a la utilidad concreta del libro como manual. Me pregunto si no hubiera resultado más útil y más claro un enfoque distinto del diálogo con los autores. La actualidad de la teología natural tiene sus raíces en la historia de la filosofía, ciertamente, pero la discusión actual sobre ella en el ámbito teológico tiene su origen en la teología protestante de nuestro tiempo, desde Barth hasta Pannenberg y Jüngel (que aparecen tan sólo aludidos). ¿No hubiera sido oportuno comenzar, tras la presentación de los datos históricos y filosóficos fundamentales, por la discusión a fondo de las posturas de estos autores? De ahí le hubiera venido más claramente una actualidad integrada y profunda al libro que comentamos.

Una palabra final sobre la bibliografía, que aparece en dos formas: como *bibliografía general* (pp. XVII-XIX), y como bibliografía que precede a cada capítulo. No conozco el criterio que Lucas ha seguido en su selección bibliográfica. En la bibliografía general sobre filosofía de la religión y teología natural, junto a autores y obras que están con toda razón, aparecen otros de los que es difícil adivinar la razón por la que están incluidos. Si se tratara de una bibliografía extensa, —y sobre esas cuestiones es inmensa— podría entenderse que se incluyeran obras de interés más o menos discutible. Pero en una relación bibliográfica de poco más de cincuenta autores no acabo de comprender la inclusión de J. Sádaba, J. Muguerza, y mucho menos de Marx-Engels. En cambio, no aparecen citados los estudios de los catedráticos J. García Lopez, ni de A. L. González, autor este último de un manual de «Teología Natural», publicado en 1986. En cuanto a la bibliografía de cada capítulo, es también un poco heterogénea, porque

junto a estudios clásicos, aparecen otras obras un poco antiguas y artículos breves (de hasta cinco páginas) cuya utilidad para los estudiantes no es muy clara.

Estamos seguros de que las observaciones críticas que preceden no son sino la otra cara de uno de los méritos que posee la obra de Lucas. El mérito es el de ser de los primeros manuales de la colección «Sapientia Fidei» que han sido publicados. A todo comienzo le resulta inevitable un cierto grado de experimentación, de cuyos resultados sacarán provecho los que vengan después.

C. IZQUIERDO

Reseñas

